

MARIE XIMENA

¿Me
Recuerdas?

¿Me recuerdas?

Marie Ximena

—

Diciembre 2017

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño de portada: Marie Ximena

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

SINOPSIS

Sofía no vive el mejor momento de su vida. Está en el paro, no le ha tocado la lotería de Navidad, y encima tiene que cenar en Nochebuena en casa de su hermano el triunfador. Por si eso fuera poco, su madre no para de chincharle las narices para que le compre a su cuñada la insufrible, un regalito de Navidad. Para no liarla más y en el último momento se acerca a comprar un disco hasta una tienda del barrio...

Y el destino le vuelve a jugar una mala pasada. Se queda encerrada en un ascensor del centro comercial con el único hombre que ha amado en su vida. El chico malo del instituto... Hace diez años que no se ven y él ya se ha olvidado de ella. Mientras los rescatan, charlan y él le ofrece un puesto de trabajo... ¿Se puede empezar mejor la Navidad? ¡Por supuesto!... Si al tomar un taxi para ir a casa de su hermano, un hombre muy misterioso se ofrece para ayudar a conquistar al que ella cree que será el hombre de su vida...

Como siempre, comme toujours...À toi ma Lu.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

Capítulo 1

“Amor, cuántos caminos hasta llegar a un beso, ¡qué soledad errante hasta tu compañía!”.

Pablo Neruda

Otro año más, me siento delante de la televisión a contemplar nuevamente las imágenes que grabo del día veintidós...Sí no te equivocas, a los ganadores de la lotería de Navidad.

Otro año más, el lotero de turno brinda con champán por los vecinos y amigos a los que les vendió el gordo de Navidad, y del cual no compró ni un miserable décimo...

Para qué lo voy a negar, estoy amargada, pero mucho más que ningún otro año, ¿tú no lo estarías?

Estoy en el paro, sin posibilidades de trabajar en los próximos meses teniendo en cuenta cómo está el panorama laboral y el subsidio se me acaba ya...

Mis amigas me animan, me mandan energía, fuerza desde sus trabajos y sus casas acomodadas y calentitas.

Suena el móvil que he dejado encima de la mesa de la cocina junto con unos panfletos publicitarios que he subido del buzón.

Me levanto arrastrando los pies, seguro que es mamá para recordarme que no falte hoy a la cena de Nochebuena...

—Dime, mami...—Era evidente. Conozco a mi madre y sé que es un perro de presa. No me va a dejar en paz hasta que acepte la invitación de mi cuñada, para ir a cenar a su casa.

—¿Qué tal estás, cariño?

—¡De escándalo, mami! —Poso la mirada en uno de los miles de anuncios con los que llenan mi buzón los carteros comerciales...

“Última oportunidad, tienda de Navidad, ideas para regalar

¡Inspírate en nuestra selección de discos, vinilos y películas clásicas!”

—¿Sofía?

—Perdona, ¿me decías algo?

—¡Por supuesto que sí! ¡Nunca me escuchas! Te hablaba sobre la cena de Nochebuena... ¿Verdad que vas a venir, cariño?

—¡Ppffff!

—¡Por favor, Sofi! Telma no te ha hecho nada. Es una chica bien maja... ¿Le comprarás el regalo que te pidió?

—¿Con qué dinero, mami? Esa niña pija de gustos refinados no está a la altura de mi bolsillo.

—Te he dicho que yo te lo pagaré.

—No puedo depender de ti toda la vida, además, ¿dónde voy a encontrar un disco de vinilo de Elvis Presley original, primera edición y no sé cuántas mierdas más...? — Era de esperar, que la muy puñetera tendría suerte hasta para esto. Delante de mis narices, tenía la respuesta. El panfleto que sostenía con la mano me indicaba con luces de neón hacia dónde me tenía que dirigir...

—Sofía, vete al centro comercial, en la penúltima planta han abierto una tienda que...

—Vale, iré...—No podía negarme. Seguro que ella había recibido la misma propaganda que yo. Vivimos a dos manzanas de distancia.

—Bien, son las siete de la tarde. Tienes exactamente, mmm, veamos una hora y media para que cierren, y otra media hora más para tomar un taxi y llegar a la urbanización de tu hermano...

—De acuerdo...

—Te adoro, cariño, y ¡tápate los tatuajes del cuello con algo de maquillaje, sabes que Telma es una niña muy tradicional y no está...!

—¡Y una mierda! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Ni lo sueñes madre!

—Como quieras, pero por favor, no vayas con esos pantalones rotos que tanto disgustan a...

—Madre, te tengo que dejar, me queda un veinte por ciento de batería...—Rozo con el pulgar el icono de colgar. Es cierto que tengo que cargar el móvil, para poder soportar esta noche con un poco de dignidad las estupideces de mi hermano y de su mujer...

Telma, mi cuñada era igual de cutre que yo, pero Fernando, mi hermano, se había encargado de pulirla en los dos años que llevaban viviendo juntos, total que había creado un auténtico y genuino monstruo...No había nada peor que una nueva rica haciéndose la fina.

O nada peor que una asesora de imagen, como yo, en el paro y con unos pantalones remendados...

La sociedad en la que vivo no permite ciertas salidas de tono como las mías.

En realidad, es solo rebeldía lo sé. No he tenido suerte en mi profesión y ahora me encuentro de esta guisa...

Me miro en el espejo antes de salir a la calle. Las ojeras son visibles a kilómetros de distancia.

Miro el reloj del teléfono. Como no me dé prisa no llegaré a tiempo de comprarle el dichoso disco a Telma...

Me coloco una gorra, una bufanda y salgo a la calle a pegarme con miles de bolsas de regalo enganchadas a autómatas con sobredosis de consumismo...

Capítulo 2

“Cuando un ascensor baja produce una sensación en el estómago, que puede confundirse con el amor”.

Groucho Marx

Odio hacer compras en el último momento. Y mucho menos en Navidad. El centro comercial que han inaugurado el mes pasado en mi barrio, en el centro de Madrid está apestado de gente.

Masas humanas con los ojos desorbitados se lanzan a las estanterías de juguetes, televisiones, smartphones...

Como puedo alcanzo las escaleras mecánicas, para llegar a la quinta planta, a la sección de discos y vinilos...

De repente las escaleras se frenan... Las masas de carne se apelotonan, se oyen gritos...

—¡Tranquilos! Ha sido un fallo mecánico, ¡utilicen los ascensores! ¡las escaleras normales están al fondo de la planta! —Un guardia de seguridad nos anima a que sigamos comprando.

Vuelvo a mirar el reloj, ¿las ocho y media? No llegaré ni de coña a casa de mi hermanito...

Corro por las escaleras hacia la quinta planta. Casi sin aliento llego a la sección de vinilos y clásicos.

Rebusco y... Bueno encuentro un vinilo parecido, aunque no igual del Rey del Rock...

En realidad, lo que me gustaría comprar es ese CD que me llama a gritos desde la columna del centro de la planta...

Mis pies se dirigen solitos sin que nadie se lo mande, hasta el poste...

Tomo los auriculares, respiro profundamente y me dejo llevar por la suave melodía.

Un perfume de hombre asalta mi nariz...Es dulce como la melodía que escucho, suave como el terciopelo...Abro los ojos un momento para ver quién es el caballero que se ha colocado el otro par de auriculares y escucha la misma canción que yo...

—¿Víctor? —El nombre se me queda atragantado entre la tráquea y la garganta. El tío que me estuvo llamando gorda sin parar en los años de Primaria y ninguneando en el Instituto, aparece en mi vida en el peor de los momentos.

Menos mal que he graznado su nombre... Toso para disimular... Sonrío como una estúpida. Estoy convencida de que no me recuerda. Con diez años de diferencia y cincuenta kilos menos de peso, es imposible que me reconozca, por no hablar de los tatuajes, los *piercings*, y el pelo rizado de color violeta que me he puesto como símbolos de mi rebeldía contra este sistema de mierda que no para de joderme...

—Me encanta. — Miro hacia atrás. No estoy muy segura de que se dirija a mí. Pero a mis espaldas, todos siguen a lo suyo.

—¿Perdona? —respondo como una bobalicona.

—*Creep*...cualquier versión de Radio Head, una maravilla...

—Sí, es mi canción favorita...Desde el Instituto. —Bajo la vista... Sin saber por qué me ruborizo como una estúpida quinceañera... Es como si hubiera viajado en el tiempo y de repente me sintiera como dice la canción un bicho raro, que desearía ser jodidamente especial para él.

—¡Qué curioso! ¡La mía también! —Alzo la vista rápidamente esperando, no, deseando que se acordara de Sofi, la gordita...Mejor no.

Sin más, toma uno de los Cd's de la columna y se pira...Sin despedirse, sin un adiós, sin nada...Me quedo atontada, en estado de shock, sin capacidad de reacción.

Acababa de encontrarme a la persona que más había amado en mi vida, en profundo secreto, en silencio... Y como siempre me había dejado con tres pares de narices... Sola y abandonada en medio de la muchedumbre.

Me despierto del ensueño, miro a todos lados. Ha desaparecido como por arte de ensalmo.

“Se recuerda a las señoras y señores clientes que el centro comercial cerrará sus puertas en quince minutos, les rogamos que terminen de realizar sus compras y pasen por caja”.

Corro con el dichoso vinilo de Telma, hasta una de las cajas, pago y decido bajar las cinco plantas en el ascensor que tengo enfrente.

Al abrirse las puertas el ascensor ya está lleno de gente. Como puedo me hago hueco entre dos tías que apestan a perfume rancio.

En la tercera planta, se bajan todos a dejarse los últimos euros de la paga de Navidad en juguetes para sus hijos. Cierro los ojos, por fin me quedo sola unos instantes.

—Odio los perfumes que huelen a rancio...—Resoplo desesperada.

—Yo también...

El corazón por poco se me sale del pecho al escuchar nuevamente su voz.

—¡Tú otra vez!

—Sí, ¿te pasa algo?

—No, nada. Perdona...—Me giro nuevamente y pulso varias veces el botón de la planta baja, como si con ello consiguiera que el ascensor bajara más deprisa de lo que realmente lo hacía.

Mi abuela decía que cuando el diablo no tenía nada que hacer con el rabo se dedicaba a matar moscas...

Preso de los nervios, vuelvo a tocar el botón y un calambrazo en la mano hace que salga disparada hacia atrás y caiga encima de mi pesadilla de Navidad.

La oscuridad y el silencio nos envuelven en un espacio minúsculo...

Capítulo 3

“No se sufre por amor, se sufre por idiota”.

Anónimo

Me tiembla todo el cuerpo, soy incapaz de ponerme de pie...

—¡Madre de Dios! ¿Estás bien? —No, la verdad es que se me había quedado el dedo hecho una mierda del chispazo. Además, estaba aterrorizada. Odiaba los lugares cerrados, y la oscuridad. No es que fuera demasiado claustrofóbica, pero esto sobrepasaba los límites que podía soportar. Seguía encima de él. La situación era bastante humillante.

—No, no sé... Creo que sí.

—Vale, no pasa nada. Vamos a ponernos de pie muy despacio y a comprobar si podemos apretar el botoncillo de alarma.

Con mucho cuidado, me ayuda a ponerme en pie. La linterna de su móvil ilumina el panel...Arrancado de cuajo.

—Me están esperando para cenar...—Grazno. El olor a chamusquina del cuadro de botones me irrita la garganta.

—Jajaja...—¡Dios es escuchar nuevamente su risa, penetrándome en los oídos y me deshago como mantequilla! —. Pues tu familia va a tener que esperarte un ratillo.

—Víctor, ¿a ti no te espera nadie?

—Digamos que no tiene importancia. Y, por cierto, ¿cómo sabes mi nombre? —No puedo verme callada ni debajo del agua.

—Creo que me lo dijiste en la columna de los cd's...—¡A ver si con un poco de suerte se traga la puta trola!

—¿Emergencias? Sí mire le hablo desde uno de los ascensores del Centro Comercial Las Flores...—Mientras yo temblaba como una hoja al viento, él ya estaba poniendo remedio al asunto —Comprendo... Sí estamos perfectamente...De acuerdo.

—¿Qué pasa?

—Ponte cómoda. Van a tardar un ratito en venir a rescatarnos. Ha habido un apagón en toda la zona, y están desbordados de trabajo.

—Pero...

—No hay peros, señorita... ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—So-So... —No puedo parar de tartamudear mientras busco como loca un nombre que comience por So.

—¿Soso? Cariño, eso es un nombre demasiado insulso para una chica tan ¿sofisticada? como tú...

—No, perdona. Mi nombre es Soledad.

—Bien, cariño, ven siéntate a mi lado.

—¿A tu lado?

—¿Ves a alguien más? Ilumina el habitáculo.

—No, no...—Me siento efectivamente a su lado, pero intentando no rozarle ni el pelo de la ropa, o podría tirarme encima y comérmelo a besos.

—Acércate más Soledad, que no me como a nadie. —Joder, y encima sintoniza con mis pensamientos.

—¿Así?

—Un poco más cariño, aquí está empezando a hacer frío. —Se ha quitado el plumífero, ha colocado su brazo alrededor de mi cintura y nos ha tapado a los dos con su abrigo.

—¡Ufff!

—Ufff, ¿qué?

—Nada, es verdad que hace frío. —Más bien me encuentro encadenada nuevamente al pasado, y el futuro próximo no hace más que torturarme en forma de amor adolescente.

—Vale y ahora que estamos un poco más calientes, cuéntame qué hacías por aquí.

—Es evidente, comprar regalos de Navidad.

—Sí, perdona...—Estira las piernas envueltas en unos jeans super ajustados que observo con la luz que despiden la linterna del móvil —. Voy a tener que apagar la luz, se nos acaba la batería, y tengo que recibir unas cuantas llamadas. ¿Tu móvil está cargado?

—Apenas un diez por ciento cuando salí de casa.

—Ok. —Y en un instante vuelve la oscuridad El silencio se vuelve espeso, denso... —. Soledad, ¿en qué trabajas? Apoya su cabeza un instante en la mía...

—En realidad no trabajo, soy la amante del propietario de estos grandes almacenes.

—Debe estar ciego...

—¡Maldita la gracia que me haces, Victor!

—¡Era broma! Oye, ¿sabes que había una compañera de mi instituto que usaba la misma frase...?

—¡Imposible! Quiero decir que las casualidades están ahí, existen. — Le interrumpo. O me muerdo la lengua, o sabrá quién soy antes de salir de este maldito ascensor.

—De acuerdo, dime entonces, ¿eres la amante de mi amigo Óscar? — Cada vez me hundía más en la puta miseria.

—No, en realidad soy asesora de imagen.

—¡No me jodas que eres casamentera! —De golpe y sopetón me ilumina la cara con el móvil. Abro los ojos como platos por la sorpresa.

—No, en absoluto. —Le pego un manotazo al teléfono. Siempre ha tenido la habilidad de sacarme de mis casillas —. Los asesores de imagen somos expertos en aconsejar sobre el estilo, el vestuario, los complementos,

nuestra experiencia y visión nos permite elegir las prendas acordeee...

—Jajajajaja ¡Por favor! ¡Tú! Con esos pantalones rotos y llenos de roña, ¿asesora de imagen? Jajajajaja...—Una llamada desde su móvil, interrumpe las carcajadas del cabrón que tengo a mi lado. En realidad, no ha cambiado nada desde hace años, ni su manera de rebajarme, ni lo engreído que puede llegar a ser, no sin razón por supuesto. Me pongo de pie de un salto, pero tira de mi brazo y me vuelve a sentar de culo —. Oscar, ¿falta mucho para que nos saquéis de aquí? ¿Media hora?... No llegaré ni de coña a casa de Yaiza.

—Vaya parece que vamos a tener que soportarnos un ratito más. —Es lo único que se me ocurre decir. Siento una angustia terrible y un nudo en la garganta que no me permite continuar hablando...

—Sole, cariño.

—No soy tu cariño...—Un gemido se escapa de mi garganta.

—No, perdona. Simplemente no concuerda tu imagen con ese tipo de profesión. —En realidad no había hecho en estos meses nada más y nada menos que acumular estrés, frustración, rabia y lo expresaba a través de mi cuerpo, iba a terminar fatal.

—Encima...—Me doy un golpe en la frente con la palma de la mano, otra vez iba a hablar más de la cuenta.

—Encima, ¿qué?

—Nada...

—Soledad, cielo... Siento haberte tomado el pelo de esa forma, ven acércate más estás temblando. —Posa con delicadeza sus labios en mi cuello. Siento un beso dulce y tierno, en el lóbulo de la oreja.

—Víctor...

—Mmmm, ¿qué perfume usas?

—Un clon...

—¿No es original, señorita asesora de imagen? —Su nariz acariciaba con suavidad mi pobre cuello, provocándome unos escalofríos deliciosos.

—No, ¡estoy en el paro, no me puedo permitir gastar más deeee...!

—¡Vale, fieraaa! ¡Tranquila!

—¡Qué cómodo lo tuyo! ¡Qué fácil hablar desde tu posición de, de, dee...!

—¿Socio comercial, alto directivo de este centro que forma parte de *Lumière Caise de Dépôt et Placement du Montreal*, una de las mayores empresas inmobiliarias de...?

—Eso...—¡Madre mía, estaba bien que me sincerara y que, al hacerlo delante de un empresario, un pez gordo perdiera un poco de chispa! pero debería remontar y arder como un fuego...fatuo, ¡mierdaaaa!

—Soledad, tengo una idea... Será que es Navidad, que estamos encerrados aquí, pero te propongo que trabajes con nosotros...

—¿Quéeeeeee? — No podía creer lo que estaban oyendo mis oídos. Me incorporo de golpe en la cabina del ascensor.

—Si estás en el paro, simplemente hoy es tu día de suerte. —La cabeza me empezaba a dar vueltas, como una peonza. Mi naturaleza desconfiada, me aconsejaba que hiciera oídos sordos a tal ofrecimiento.

Nunca faltaba un cabrón al que le encantaba ligar con la primera que se quedaba encerrada con él en un ascensor, y luego había que tragarse la foto de perfil en sus redes sociales con su novia, una tía despampanante que dice que la ama con locura.

—Vale, acepto. —Total, ¿no era lo que hubiera deseado hace diez años? O quizás, ¿toda mi vida?

—Ven siéntate, Soledad. —He perdido la cuenta con la de veces que me he sentado a su lado, y me he vuelto a levantar presa del pánico...de sentir su proximidad, su perfume caro... Este sí, original y perfecto acorde a su personalidad.

—Como todos los trabajos, tendrás un periodo de prueba.

—De acuerdo.

—Espera, no respondas tan rápido, no sabes ni remotamente lo que te voy a proponer.

—Sea lo que sea, acepto. No estoy en condiciones de negarme a nada.

—Ha vuelto a encender la linterna. Sus ojos del color del café brillan maravillosamente.

—He pensado que ...

—¿Sí? —Me toma de las manos, y me las acaricia con las yemas de sus pulgares.

—Necesito una asesora de imagen, para estas fiestas...—Me ha dejado con la boca abierta.

—¿Yooooo?

—¿Ves a alguien más por aquí? —Sonríe. ¡Oh voy a morirme envuelta en una nube de felicidad!

—¡Acepto! —Me abrazo a él con tanta fuerza que caigo encima sin poder evitarlo.

—¡Espera! ¡Existen algunas condiciones!

—¡Da igual! ¡Acepto!

—Deberás cambiar tu aspecto...De arriba abajo.

—Sin problema. —En realidad solo fue un acto de rebeldía llevar estas pintas...

—Bien, entonces...

—¿Sí? —contesto con la mejor de mis sonrisas. El corazón me va a mil por hora. Nunca pude imaginar que un día de mierda pudiera acabar así de bien...

—Solo nos queda...

—¿El qué? —Quiero incorporarme, la postura es bastante incómoda, pero no me deja. Vuelve a tumbarme encima de él.

—Lo más importante. —sonríe maliciosamente.

—¿Sí?

—Firmar el precontrato. —Alzo la cabeza en busca de mi bolso para sacar un bolígrafo.

—¿Tienes boli y algún papel hasta que...?

—No hace falta. Será un preacuerdo.

—¿Cómo?

—Así. —Sus labios se aproximan a los míos. Cierro los ojos. No puedo resistirme a uno de los deseos que llevaban adormecidos en mi corazón hacía diez años y que por fin iba a hacer realidad.

Su lengua tierna y dulce acaricia la mía en un baile erótico y delicioso...

“Feliz Navidad, Sofía” resuena en mi cabeza...

Capítulo 4

“Mi plan B es mandarlo todo a la mierda, comprarme un triciclo y recorrer el mundo con un megáfono insultando a la gente”.

Anónimo

De repente vuelve la luz al ascensor, se abren las puertas, y un par de operarios nos encuentran tirados en el suelo de la cabina besándonos apasionadamente.

—Señor, ¿se encuentra bien?

—¿No lo ves? —oigo una voz socarrona contestar a otro que debe ser uno de los operarios.

—¡Oscar, tío! ¿No decías que ibas a tardar un ratito más en rescatarnos?

—Si quieres os traemos el catering al ascensor...Solamente, que no creo que a Yaiza le vaya a gustar compartir... Mesa y cubiertos y en un ascensor con, con...—Me levanto de un golpe... ¿Yaiza?

—Me tengo que marchar, mi familia me está esperando.

—Te espero el día veintiséis a las diez de la mañana en mi despacho. No se te olvide, Sole...—Agito la cabeza asintiendo. Tengo los pelos revueltos, pero no puedo evitar que antes de salir del cubículo me retire el pelo de la cara y me bese en los labios sonoramente.

Mi cara ilumina el pasillo de la planta tercera, con una mezcla de ilusión y de celos enfermizos... ¿Quién demonios será la tal Yaiza?

Salgo corriendo sin mirar atrás, el móvil comienza a sonar...

—¿Sí?

—Nena, Sofía estamos preocupadísimos. Ha habido un apagón en el barrio lo hemos visto por la tele y...

—Mamá me he quedado atrapada en el ascensor del Centro Comercial,

acaban de rescatarme, ¡enseguida tomo un taxi y te cuento!

—¡Vale date prisa! ¡Tu hermano nos tiene preparada una sorpresa!

—¡Mami, tengo que contarte yo también queee...! — Levanto la mano a uno de los pocos taxis que cruzan la calle en este momento. Frena justo delante de mis pies pisando un charco... ¡Me ha puesto tibia! ¡Lo que me faltaba! El taxista abre la puerta corriendo con un pañuelo en la mano.

—Lo siento mucho, señorita. —Se agacha y comienza a limpiarme los pantalones, aunque lo único que consigue es guarrearmelos más—Tranquilo, no se preocupe. Necesito que me lleve a la calle Victor Hugo número once.

—¡Como las balas! —Nada más entrar y sentarme el olor a tabaco me golpea con fuerza en la nariz. Estoy tan nerviosa que incluso me atrevo a pedirle un cigarro.

—Señorita, sabe muy bien que la normativa no permite fumar en los servicios público. Sin embargo y por una vez y sin que sirva de precedente...

—¿Sí?

—¿Camel o Ducados?

—Camel, por favor...— Nos dirigimos por la autopista a gran velocidad, a una de las urbanizaciones del norte de Madrid más caras y más chics.

Por lo visto el taxista no soporta el silencio, porque comienza con un...

—Yo, a diferencia del resto de mis compañeros del gremio sé escuchar. —Me observa con el ceño fruncido a través del espejo retrovisor. Las lágrimas comienzan a chorrear por los ojos, se me nubla la vista, ¿cómo es posible que me encuentre en un ascensor al amor de mi vida, que me ofrezca trabajo y qué esté liado con una tal Yaiza?

—Gracias, pero no necesito consejos.

—No tenía pensado, aunque si me lo permite puedo ofrecerle unos bombones...

—¡Nooo! —El grito ha sonado contundente, tanto es así que el pobre hombre ha pegado un pisotón al freno y se ha echado a un lado de la carretera.

—Mire señorita, usted no es dueña de este taxi, lo único que ha hecho ha sido alquilar mis servicios...

—Lo siento, es que estoy muy nerviosa, disculpe... Por favor continúe.

—Está bien. —Arranca nuevamente y nos ponemos en marcha —Y, ¿unas pinzas?

—¿Para qué?

—Para quitarse ese entrecejo terrible.

—¡Oiga tener entrecejo no es patrimonio del sexo masculino!

—Sí, pero comprenda que, entre los pantalones, el color del pelo, los piercings en la oreja y ese entrecejo...

—¡Es solo una forma de rebelarme ante esta sociedad machista, homófoba...

—Tenga, hágame caso

—¡Está bien! ¡Traiga de una vez! ¡Y no vaya muy deprisa o me sacaré un ojo!

—¿No tendría usted un...?

—¿Espejo? —Me pasa uno de aumento y una linterna de cabeza.

—¡Vaya! ¡Servicio completo! —Eleva las cejas y me guiña un ojo. En realidad, podría decir que es una de las mejores nochebuenas de los últimos tres años.

Me depilo rápidamente, no sé cómo he podido abandonarme de tal manera... Rebusco en mi bolso y encuentro un brillo de labios que está medio seco.

—Le vendría mejor un rojo de labios, y si me lo permite...Ese color de pelo es demencial.

—Lo sé, pero no hay tiempo para teñírmelo.

—Debería acudir a algún asesor de imagen.

—Soy asesora de imagen. —Vuelve a frenar en seco y a parar en el arcén. Enciende la luz del habitáculo.

—¡Venga yaaa!

—Estoy en el paro... Bueno lo estaba.

—¿Y quién la ha contratado? —Los ojos se le salen de las órbitas.

—Víctor. —Contesto soñadora.

—¿Victor Salcedo?

—¿Le conoce? —Me quito la linterna de la cabeza, y me atuso el pelo como puedo. El taxista gira la cabeza de un lado a otro...Seguro que piensa que no tengo remedio.

—Sí, bueno personalmente no. Pero mire. —Me acerca una revista de esas de cotilleos que hace mil años que no me digno a hojear.

—Oiga su taxi es de lo más completo en servicios que he tenido el gusto de...

—Están muy mal las cosas, señorita... Desde que nos ha surgido esta competencia desleal de los Cabi...

—¡No me lo puedo creerrrr! —Le interrumpo.

—Y que lo diga, nos están quitando el pan de la boca, y el de nuestros hijos...

—¡No me refiero a eso! ¡Fíjese en el pivón que tiene al lado! —Le señalo con el dedo tembloroso.

—Ya se lo dije, señorita. Es un don Juan del siglo XXI. Esta es la última con la que sale, una tal Yaiza...

—¡Mierda! —Se me cae la revista al suelo. Me hundo en el asiento...

—No creo que se apellide así.

—No sea gracioso, y continúe por favor.

—De acuerdo. No sé por qué se pone así. —Inicia nuevamente la marcha. Ni sé cuándo llegaremos a casa de mi hermano.

—Es largo de explicar.

—Ya le he dicho que soy bueno escuchando.

—Quién es usted, ¿mi hada madrina?

—Puede ser...—Un escalofrío me recorre el cuerpo, al verle por el espejo retrovisor, cómo le brillan los dientes. Claro que el palillo que lleva apoyado en la oreja me deja algo más tranquila —. Veamos si acierto, el tal Víctor es un amor de esos platónicos...

—¡Cállese!

—Como quiera. Ya hemos llegado, señorita.

—Dígame que le debo. —Rebusco toda nerviosa en el bolso.

—Invita la casa. No se preocupe no será la última vez que nos veamos.

—Ni en sus mejores sueños.

—Ya veremos... Y hágame caso, tíñase el pelo y quítese esos pantalones piojosos o no podrá competir con...

No le escucho. He salido corriendo dando un portazo. Me acerco a la verja de la casa de mi hermano y aporreo la puerta.

En realidad, siento más frío del que hace en realidad. Ese tío me ha puesto de los nervios...

Capítulo 5

“Al diablo el amor... Seré la tía guapa y borracha de la familia”.

Anónimo

Me abre la puerta mi cuñada, tan modosita, tan superior que me hace sentir como un puto accidente ocurrido en el momento más inoportuno. Después de arrugar la nariz y mirarme de arriba abajo se digna a hablarme...

—Esta noche luces arrebatadora, Sofi.

—Gracias, Telma. —Le cuelgo la bolsa con el vinilo de regalo en la mano que tiene libre.

—Sofía, ¿dónde has estado? ¡Oh por Dios parece que te ha pasado un camión de dieciocho ejes por encima!

—Es largo de contar, mami... Pero lo más importante es que...

—Lo tuyo puede esperar, hermanita—Fer, como siempre me chafa cualquier intento de ser feliz y de triunfar en la vida. ...—No lo puedo creer, me ha dejado con la boca abierta de la impresión.

—Sí, por supuesto, cariño, ¿qué nos podría contar tu hermana que fuera más importante que el próximo nacimi...? —Mamá tiene el mismo defecto que yo, no puede verse callada ni debajo del agua y además tiene debilidad por mi hermano el triunfador...

—No me digas, ¿vas a ser papá? — No es posible... Mi noticia, mi alegría, mi triunfo...Arrastrado por los suelos ante la noticia de que voy a ser...

¿Tía?

—¡Síiii! ¡Voy a ser abuelaaa! ¿Te lo puedes creer, Sofi? —Telma abraza a mi madre ante la emoción que la embarga... ¡Dios!

—Sí, por supuesto, mami. —En un solo día he pasado por un montón de situaciones. He sentido mil cosas, en mi corazón, se han apiñado miles de sentimientos: Amargura, emoción, tristeza, alegría, decepción...

—Como has llegado tan sumamente tarde, hemos empezado a cenar, de hecho, ya hemos terminado. Si te apetece tomar algo en la cocina...—No podía esperar menos de mi querida cuñada...

—¡Oh no te preocupes, Telma! ¿Tienes un poco de sidra? Odio el cava y el champán. Brindaré por el feliz acontecimiento. En realidad, ya cené... Solo he venido a felicitarte y a traerte este pequeño detalle.

—Pues, lo siento, solo nos queda *Möet Chandon*

—Vaya, solo bebo productos nacionales. —Mi hermanito pone los ojos en blanco.

—¡Sofi! Porque bebas un poco de champán franchute no te va a pasar nada, ¿no es eso lo que les recomiendas a tus clientes? ¡Ah perdona que no me acordaba de que seguías en el paro!

—Sí, Fer...—Mejor que me muerda la lengua, aunque a lo mejor me enveneno.

—¡Sofi, cariño! ¿No vas a brindar con nosotros? —Mi pobrecita madre que solo ha mirado a través de los ojos de su hijo, el triunfador, es incapaz de interesarme por mí...

—Vale, trae esa copa. —Estoy en el salón, no me he quitado el abrigo...Miro a mi alrededor. Todo es tan terriblemente superficial.

—Ya voy yo Telma, cariño no te muevas. —Mi madre se dirige escopetada a la cocina.

—¿De cuánto estás, Telma?

—De doce semanas. No queríamos decir nada hasta que no estuviéramos seguros.

—A ver cuando te animas, hermanita...—Con una sonrisa odiosa ayuda a mamá a colocar la bandeja sobre la mesa adornada con velas, vajilla y cristalería *art déco*... Siento náuseas.

—Sí, algún día... Chin chin—Mi cara debe ser todo un poema, mientras brindo. Odio las navidades en familia, ¡aggghhh!

Las copas entrechocan, a excepción claro está la de mi cuñada...

—Mientras brindáis yo abro el regalito de Sofía... Ya sabéis que no puedo beber alcohol.

—Cariño, aunque sea con agua—suelta en un alarde de originalidad mi hermano.

—Brindar con agua da mala suerte, ¡ni se te ocurra cariño! —Mamá le toca la barriga a su querida nuera.

—Sofi, cariño, me encanta el vinilo...

—Gracias, Telma. —Se acerca a mí y me pone la mejilla para que se la bese.

—El problema es que lo tengo repe, y no veo por ningún sitio el *ticket* para poder devolverlo...—Como Aquiles en la Ilíada y presa de la más desenfrenada de las iras, cuando siente que es atacado de forma injusta a todos sus sentimientos...Le arranco el vinilo lo tiro al suelo y lo pisoteo...

—¡Hija por Dios!

—¡Ni hija ni hostias, mamá! ¡Estoy harta de ser la apestada de la familia!

—Hermanita, te has pasado dos pueblos y tres semáforos...

—¡Que os den a todos! — Sin mirar atrás salgo escopetada de la casa de mi hermano.

El viento golpea con fuerza mi rostro, las lágrimas salen disparadas por el efecto del huracán, que sopla de este lado de la sierra. Oigo un claxon de un coche al otro lado de la carretera. Me lanza un par de ráfagas con las luces largas. Corro como alma que lleva el diablo a su encuentro.

Empieza a llover como si no hubiera un mañana...

Capítulo 6

“Quiero vivir una vida que haga que mi alma baile dentro de mi cuerpo”.

D. Olanubi

Al salir corriendo como una loca me he torcido el tobillo. Duele como un demonio...Lo que me faltaba.

—¡Señorita, por favor! ¡Un día se va a matar!

—¡Ustedddd! ¿Qué hace aquí?

—Esperándola. Era obvio que no iba a tardar mucho en salir de esa casa. —¿El taxista, nuevamente? ¿Qué clase de broma era esta? Comienzo a recular presa del pánico.

—¡Ni se le ocurra acercarse a mí! —Le señalo con un dedo acusador.

—Suba al taxi, por favor o no podrá presentarse en condiciones el día de la cita de trabajo.

—¿Y usted cómo coño sabe que tengo una cita de trabajo? —El agua me chorrea por la cara, tengo el pelo empapado, las manos y los pies helados.

—Entre, hágame caso.

—De acuerdo. —Me quito el abrigo manchado del tinte violeta del pelo y el jersey... Dentro del habitáculo hace calor. Tengo la piel escalofriada.

—La llevaré a casa.

—¿Sabe dónde vivo? —Salimos disparados en dirección a Madrid.

—Sí, no se preocupe.

—¿Cómo lo sabe? —Me alcanza una toalla para que me seque el pelo.

—No pregunte y séquese bien el pelo o pillaré una pulmonía.

—Tengo miedo... ¿Cuál es su nombre? ¿Me va a matar? ¿Moriré sin

haberme follado a Víctor? Soy muy joven aún, todavía no he cumplido los treinta y cinco...

—No diga tonterías, no le haré ningún daño. Y ahora piense en cómo va a preparar esa entrevista de trabajo. Tiene poco tiempo y muchas cosas que organizar, empezando por esas pintas de...—me mira de arriba abajo arrugando la nariz. Me huelo disimuladamente las axilas...

—Mañana es Navidad. No podré comprarme ni un miserable trapo para ir medio presentable a la cita...—Mi voz suena aguda, debido a la angustia que siento.

—En eso tiene razón... Ha elegido un mal día para dejar de ser una *friki*.

—Es usted muy desagradable. —Si las miradas mataran, la mía ya le habría dejado listo para criar malvas.

—No, no lo soy —Conduce con una sola mano mientras que con la otra toma el palillo que tiene apoyado en la oreja y se lo lleva a la boca... ¡Qué asco!

—Ah, ¿no?

—Mire, señorita Sofía, ha tenido mucha suerte al encontrarme. Está metida en un buen lío, y le aseguro que no encontrará a nadie mejor que yo para asesorarle y ayudarle en la difícil tarea de conseguir ese puesto de trabajo y enamorar a ese rufián...

—¡Jajajajaja! ¿Usted? ¿Un vulgar taxista? No me haga reír por favor...

—Ya veremos...

—Ya veremos, ¿qué? —Mi voz suena altanera.

—Señorita, usted actúa mucho con las tripas, es muy visceral... ¿Ha leído la *Ilíada*?

—No me joda...

—¿Ve?

—¿El qué?

—Se deja llevar por la ira... Es como...

—Aquiles...—Termino la frase, por él. En mi cabeza surgen imágenes de la peli *Troya* con un Brad Pitt magnífico con un cuerpo de escándalo... Sonrío soñadora.

—En esta vida hay que ser a veces Ulises...

—Sobre Ulises no tengo muy buena opinión, mientras la pobre Penélope pasaba los días tejiendo y mandando a la mierda a los pretendientes durante la friolera de veinte años, el muy canalla se estaba follando a medio Olimpo...

—No me refería a eso, sino más bien al hecho de ser astuto. —Me pasa un cepillo para que me peine el pelo.

—¿Cuánto queda para llegar a mi casa?

—Admítelo, querida Sofía...

—¡Oyeee! ¿Cómo es que sabes mi nombre? —Paro de cepillarme el pelo...Yo no le he dicho cómo me llamo, ¿verdad? De repente hemos comenzado a tutearnos.

—Eso ahora no tiene importancia. En esta vida hay que ser práctico, ingenioso, encontrar siempre la respuesta imprevista que nos permita resolver todas las dificultades.

—Oye, ¿Tú de dónde has salido? ¿Dónde estabas cuándo te necesité?

—Es ahora cuando me necesitas. —Gira la cabeza y me lanza una sonrisa siniestra.

—Por favor, mira al frente, no tengo ganas de matarme en Navidad. —Suelto lo primero que me pasa por la cabeza. Me quedo embobada mirando el cepillo.

—Veamos, no puedes perder más años fantaseando con el maravilloso Víctor Salcedo.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —Había conseguido atraer mi atención de forma magnífica. Le miraba alelada a través del espejo retrovisor.

—Digamos, que has tenido suerte. Voy a echarte un cable.

—¿Y cómo se supone que vas a hacerlo? Me ha contratado. —Sonrío triunfal.

—Tú no quieres solo un trabajo.

—Ah, ¿no?

—No, señorita. —Lanzo una mirada al salpicadero. Vamos a ciento ochenta kilómetros por hora, ¡madre de dios!

—Le quieres a él... Todo enterito para ti.

—Y tú, ¿me lo vas a conseguir?

—Ya te he dicho que sí.

—Y qué quieres a cambio, ¿mi alma?

—No, por favor. Digamos que soy tu hada madrina...Has tenido suerte, Sofi.

—¿Por qué?

—Si en vez de elegir mi taxi, hubieras tomado el que estaba justo en la otra acera... Quién sabe. En estas fechas ocurren muchas cosas, que no alcanzarías a imaginar ni en tus peores pesadillas...

—¿Cómo te llamas? ¿Para qué compañía de taxis trabajas? ¿Eres autónomo?

—Tanto como autónomo...—Dirige el palillo a un lado y otro de su boca... Me está poniendo muy nerviosa. Disimuladamente memorizo el número de licencia de su taxi. En cuanto llegue a casa haré indagaciones, total no tengo otra cosa mejor que hacer...

—Tu nombre...—repito lo más seria que puedo aparentar.

—Está bien. Para ti soy Cosme.

—Jajajajaja...—Me entra la risa floja —. ¿Cosme? ¿De Cosmética?

—No tiene gracia, Sofía. —Ha aparcado justo en la puerta del portal de mi casa. Se gira con cara muy seria y prosigue con su perorata —. Proviene del griego y significa pulido y arreglado...

—¡Venga ya! ¡Con un palillo guarro y chupeteado!

—Como quieras. He venido a ayudarte.

—No te necesito.

—Está escrito. Eres la agraciada de este año.

—Que soy, ¿quéee? —Me vuelvo a colocar el abrigo. Abro el bolso para pagarle la carrera. No quiero volver a verle en mi vida. Me pone muy nerviosa. Me da miedo...

—Invita la casa. Guárdate tu dinero. Mañana volveremos a vernos. Hasta que llegue el momento, ten...—Extiende su mano y me larga un paquete de tinte para el pelo.

—Ni lo sueñes...

—Piénsalo. De ti depende conseguir ese trabajo y al adonis que te lo ha ofrecido, y te advierto que no será fácil. Tendrás que competir duro y jugar sucio, muy sucio contra tu principal contrincante... Ya sabes, Yaiza. — Me guiña un ojo. Tomo el tinte lo meto en el bolso y salgo disparada sin decir ni hasta luego...

Capítulo 7

“El arte de estar hasta el coño con una sonrisa de oreja a oreja”.

Anónimo

Entro en casa. Miro el reloj del móvil. Son las tres y cuarto de la mañana.

Tiro el bolso encima del sofá. Me quito los zapatos y me dirijo al cuarto de baño.

¿Qué demonios me ha pasado en un solo día? Me bajo los pantalones y las bragas. Tengo la vejiga a reventar. Mientras hago pis, intento recopilar, organizar y procesar toda la información.

Vale lo de mamá lo tengo asumido. Soy la *looser* de la familia.

Lo de Víctor ha sido una de las maravillosas casualidades que he tenido el gusto de saborear...

Pero lo del taxista...

Me limpio, tiro de la cadena y abro el grifo de la ducha.

Me desnudo y entro en la cabina.

Quizás el agua caliente me ayude a comprender algo mejor qué pinta ese tío tan extraño en estas circunstancias espacio temporales de mi vida.

Cuando salgo de la ducha me lavo los dientes. Veo reflejada mi imagen en el espejo.

Verdaderamente estoy hecha una calamidad.

Aclaro el cepillo, lo seco y lo dejo en el vaso.

¿Cómo es posible que un tío haya podido fijarse en mí con este color de pelo tan calamitoso?

No es que tenga nada en contra del violeta, al contrario, es uno de mis colores favoritos, pero la puta realidad es que el color está mortecino, casi

diría que tira a un azul verdoso llegando a convertirse en amarillo en las puntas...

Separo con las manos una mata de pelo, en la zona donde se me abre la raya del pelo... ¿Qué coño de color es ese? ¿Negro? Gimo sin control.

Mi intento de ser una antisistema en un mundo donde gobiernan las formas sobre el fondo, en el que las apariencias ganan la batalla a lo esencial, ha fracasado sin remedio.

Corro desnuda hasta el salón y rebusco como una posesa el paquete de tinte que el taxista misterioso me ha regalado.

Leo el color que ha elegido para mí: “*Castaño caoba cobrizo oscuro*”

Ya es Navidad. Total, no tengo otra cosa mejor que hacer, así que me coloco los guantes preparo el mejunje y me pongo manos a la obra...

Dejo pasar media hora, me lavo la cabeza, me seco y me peino y el efecto es... ¿Simplemente espectacular?

Pero ¿quién es este tío? ¿De dónde ha salido? En mi cabeza suena la respuesta, “*Soy tu hada madrina*” Vale no sé si comprarle la moto.

Miro el reloj que tengo en el cuarto de baño. Las cinco menos cuarto de la madrugada. Creo que lo mejor será acostarme y pensar que he vivido un momento de felicidad.

Una pena que me haya abandonado el sueño.

No paro de mirar el techo de mi habitación. No paro de hacerme preguntas, sobre Víctor, sobre Telma y mamá... Nunca podré darle un nieto, soy una perdedora, soy una imbécil... Cierro los ojos el sueño me vence.

Capítulo 8

“Ella está loca, pero es mágica. No hay mentira en su fuego”.

Charles Bukowski

Noto un cosquilleo en la mejilla. Hace por lo menos dos semanas que no limpio la casa, seguro que es alguna maldita araña que está corriendo por mi cara hasta llegar al oído y depositar los huevos...

—¡Aghhhhh! —Pego un bote en la cama, Me doy de manotazos en la cara.

—¡Buenos días, Sofía!

—Pero ¿qué coño haces aquí? ¿Cómo has entrado en mi casa? — Tan deprisa como me lo permiten las manos, y el susto me tapo con la sábana y el edredón. He dormido en pelotas y con la calefacción a tope con lo cual el cretino del taxista me ha visto en cueros.

—Tienes que depilarte. —Me señala con una pluma larga, una que pudiera ser de un ganso.

—¡Pero bueno!

—Ni bueno, ni malo. Si quieres pertenecer al sistema tendrás que cumplir con las reglas, sino vete a vivir a una cueva en medio del desierto... Es fácil tú eliges.

—Creo que no podría. Soy demasiado urbanita, demasiado dependiente de la sociedad...—Eleva una ceja, así como diciendo: “Ya te lo decía”.

—Dime cómo has entrado en mi casa...—Me sacude delante de las narices mis llaves.

—Ya te has teñido el pelo — No me contesta, ¿para qué? Me envuelvo en el edredón. Me froto las sienes. Creo que me duele la cabeza.

—¿Por qué revuelves mi armario?

—Estoy buscando algo mínimamente decente para tu cita de mañana.

—Yo no tengo ninguna cita, es una entrevista de trabajo.

—¡No me jodas! ¿A quién pretendes engañar señorita asesora de imagen? Veamos. —Comienza a tirar vestidos encima de mi cama — Demasiado corto, se te verá el chichi, demasiado largo parece un hábito de franciscano, demasiado claro marcarás pezones...

—Cosme, tengo una migraña terrorífica...—Tiene la cabeza metida dentro de uno de los cajones y sigue revolviendo sin parar.

—Tercera puerta del armario del cuarto de baño. Tómalo con un poco de café. La cafeína potencia el poder analgésico del Antalgín.

—Vale me rindo. —Me coloco unos pantalones de algodón y una camiseta llena de manchas de lejía y me arrastro hasta el cuarto de baño.

—¡Te ha costado aceptar que soy tu hada madrina! —Le oigo gritar desde mi habitación.

—¡Qué quieres que te diga! ¡Acostumbrada a ver pelis de Disney con hadas y varitas mágicas, no me cuadra mucho un taxista con palillo! —Trago con dificultad la pastilla. Bebo un buen trago de agua antes de que me atragante.

—¿Qué es esto?

—Mis bragas y mis sujetadores...—Se lo arranco de las manos.

—¡Tíralo a la basura! —Le oigo refunfuñar a través del pasillo. —Me quedo mirando mis conjuntos cómodos de algodón del *Primark*.

—¡Oye, como sea que te llames! Te recuerdo que estoy en el paro...

—Mi querida Sofía, déjame que te aclare unas cuantas cosas. —Me arrincona contra la pared del pasillo y me señala con la pluma de ganso — Los hombres somos seres esencialmente, ¿ópticos?

—Estoy empezando a dudar de que tú lo seas. —Le empujo, no puedo con la gente que invade mi espacio vital.

—¿Un hombre? —Por favor, ¡la duda me ofende! —Esa sonrisa horrible que muestra de dientes perfectamente blancos... ¡Aggh! Tengo la piel de gallina.

—¿Estás casado?

—Digamos que mi mujer nunca sabe lo que hago y yo no tengo ni idea de dónde se encuentra.

—Eso, ¿es un sí o un no?

—En realidad, no tengo mucho que contar, quizás tampoco lo entenderías o a lo mejor te importaría bien poco tirando a nada. —Frunzo el ceño. Debería cerrar los ojos y no preguntar nada más, simplemente aceptar sin más el regalo de Navidad.

—Está bien, acepto. —Cierro los ojos. Espero que esto no tenga que pagarlo con intereses o penaré toda mi vida por ello.

—Buena chica. —Me pellizca el moflete como si fuera una niña —. Te comentaba que...

—Los hombres sois ópticos, aunque no sepa muy bien qué demonios... —Me tapa la boca en un gesto impulsivo.

—Si no te molesta, no pronuncies esa palabra delante de mí.

—...Quieres decir con eso de ópticos. —prosigo con la frase que apenas me había dejado pronunciar.

—Somos esencialmente visuales, niña. Todo nos entra por los ojos. Somos simples, monotareas, inmaduros, incapaces de gestionar algo más serio que abrir un bote de lentejas.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Vístete, no creo que hayas trabajado o practicado mucho tu profesión.

—En realidad, lo más cerca que he estado de asesorar a alguien ha sido mientras doblaba ropa en el Zara. No sabes lo duro que puede llegar a ser

intentar ayudar a la gente cuando lo único que se te permite hacer es colocar y ordenar estantes de pantalones vaqueros.

—Iremos de compras.

—¿Hoy?; Pero si es Navidad y no hay nada abierto!

—Tienes razón, pero yo te llevaré a un sitio en el que me deben un par de favores.

—¿Qué tipo de favores?

—Ponte esto y no tardes. —Me lanza una falda, una camisa y unos pantys.

—Pero ;me voy a morir de frío!

—Vas en taxi. Te espero abajo. —Con una velocidad que no es propia para su edad, desaparece de mi vista. Parpadeo un par de veces, es más me restriego los ojos. En mi vida me había pasado nada parecido, ni de lejos.

Teniendo en cuenta que no me ha dado tiempo para nada excepto para vestirme, lo hago lo más rápidamente que puedo. Corro al zapatero a pillar unas botas, me siento encima de todos los vestidos que ha sacado del armario y me subo las cremalleras con cuidado de no engancharme las medias.

Echo un último vistazo al espejo de cuerpo entero que tengo en la habitación. Ni me reconozco, menos mal que conservo los piercings de las orejas y el de la nariz.

Es algo a lo que puedo agarrarme en caso de sentir inseguridad.

Rozo las golondrinas que llevo tatuadas en el cuello, un último suspiro y...

No sé si estoy preparada para esto, sin pretenderlo he depositado toda mi confianza y todas mis esperanzas en un ser extraño, que ha aparecido de la nada, en el momento en el que más lo necesitaba.

Si le dejo que influya en mí, ¿estaré dándole algo mío, algo tan preciado de lo que luego pueda arrepentirme?

La gente en estas fechas suele practicar la caridad, bueno esa palabra hoy en día está en desuso, se habla más de solidaridad...

¿Seré el objetivo del taxista para expiar sus propias culpas?

Capítulo 8

“Viste vulgar y solo verán el vestido, viste impecable y verán a la mujer”.

Coco Chanel

Salgo del portal, y veo el taxi que me trae y me lleva desde hace unas horas.

Cruzo la acera y justo cuando voy a abrir la puerta el sonido horroroso de un claxon llama mi atención.

—¡Ese no, aquí Sofía!

—Perdone. Lo siento. Me he confundido. —Me agacho y me asomo por la ventanilla de la puerta del copiloto a pedirle disculpas al taxista. El olor dulzón me marea. A punto estoy de caer desmayada si no es porque Cosme, mi taxista me toma en brazos.

—¿Estás bien, Sofi?

—Estoy muy mareada...

—Tranquila.

—¿Quién era?

—Un listillo que quiere ganarme la parti...

—¿Cómo? —Me abrazo a su cuello...Deslizo las manos por sus brazos... ¿Eso que toco son unos super bíceps?

Me deposita con suma delicadeza en el asiento trasero.

—Tranquilita, ¿eh? —Cierra la puerta del taxi, arranca y como siempre salimos disparados, hacia donde quiera llevarme.

—Tengo ganas de vomitar. —Me mira a través del retrovisor con sus ojos increíblemente azules...

—Pongo el climatizador. Tú respira hondo y cierra los ojos.

—Por cierto, los tuyos son ahora de color azul. Y antes, antes eran...
—Una arcada me llena la boca de bilis.

—No, Sofía, son de un color de lo más vulgar: marrón. Cierra los ojos. Cuando llegemos a la tienda te aviso.

—Vale. —Me sentía tan mal que probablemente hasta tuviera alucinaciones.

En el trayecto me parecía oírle cuchichear y soltar tacos de lo más vulgares contra alguien...

—Ya hemos llegado. Me abre la puerta y me toma del brazo.

Estamos en la milla de oro de Madrid.

Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado tan siquiera pisar esta calle.

—Buenos días, Cosme. Tan puntual como siempre.

—¿Ya has estado aquí más veces? —No contesta. Directamente pasamos al fondo de la tienda decorada en negro con multitud de luces que crean un ambiente perfecto para morirme del gusto...

—Necesitamos vestidos de noche, de cóctel, trajes de chaqueta, vaqueros ajustados y ropa interior. —La *shop assistant* da unas cuantas vueltas a mi alrededor con aire pensativo. Se toca un par de veces con el dedo índice los labios, para terminar, dando un par de chasquidos con los dedos.

—Sujetador 95B bragas y boxers talla 38 tanga talla 36...

—Espera, espera, mi amiga necesita un sujetador que realce el contorno de su pecho, ¿ves? Así. —Sin mediar palabra me toma las tetas y me las sube de tal manera que parece que se estuvieran asomando por un balcón.

Empiezo a sudar, el roce de sus dedos en mis pezones me ha ocasionado una sensación tremendamente... Mmm ¿placentera? ¡Ay señor!

—Entiendo. —Vuelve a chascar los dedos. Un par de empleadas me

llevan en volandas hasta uno de los probadores, y sin ningún tipo de contemplaciones comienzan a desnudarme.

—Sé hacerlo yo sola de verdad. — Me revuelvo y me revelo, pero da igual, las tías continúan con el trabajo de desnudarme y probarme vestidos, pantalones, faldas, blusas... Desde fuera escucho la voz del taxista, ahora algo más profunda que dice: Demasiado oscuro, demasiado provocativo, demasiado hortera, demasiado estrecho, demasiado ancho...

Me siento como un vulgar maniquí. Sus manos me soban por todo el cuerpo... Me quitan los piercings, los pendientes de las orejas, las pulseras de cuero...

—Que no quede ni un solo pendiente. El del ombligo tampoco.

—¿Y tú cómo sabes que llevo un piercing en, en...?

—¡Sofía! —Se levanta del sillón como si tuviera un cohete en el culo —. Estás magnífica.

—¿Yo? —He salido del probador para echarle la bronca y lo único que sale de mi boca es un simple y absurdo ¿YO?

—Sí, mírate en el espejo. —Me gira y efectivamente, el vestido que me han puesto es simplemente maravilloso. Realza mis pechos, marca el trasero, las caderas, es elegante, provocativo, pero solo lo justo para que me deseen...Cierro los ojos y de repente pego un grito y me abrazo a mi taxista.

—¡Oh por Dios! ¡Gracias! —Le beso en los labios, con un beso tierno, dulce para agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

Sin embargo, el beso se demora más de lo previsto y de lo políticamente correcto.

No sé por qué, pero siempre que me acerco a él, es como si la magia me envolviera y en vez de ver a un hombre corriente y vulgar descubriera a un ser hermoso y magnífico... que en este momento me está dando un beso de muerte.

Su lengua lame con delicadeza mis labios, consiguiendo que abra la

boca dándole la bienvenida con la mía.

—¡Como quisiera que esta boca fuera mía! —susurra en mi oído. Su lengua deja un rastro húmedo hasta el cuello.

—¿Cómo dices? —Abro los ojos como platos, no sin antes ver a través de los suyos, un rostro que ... ¡Ay por favor!

—Nada. Lo siento. —Se retira a la velocidad del rayo—. Estás estupenda, ese trabajo y ese tío serán tuyos. Caerá rendido a tus pies.

Sonrío. Por fin podré poner las cosas en su sitio. Quiero decir que Víctor me verá como una mujer hermosa, profesional, divertida, elegante...

Y sexy muy, muy sexy...

Salimos de la tienda cargados de zapatos, botas, bolsos y ropa para llenar cuatro armarios como el que tengo en mi casa.

Cuando entro nuevamente en el taxi, me toco los labios disimuladamente. Los dedos me tiemblan, porque acabo de acordarme del beso que me dio en el ascensor Víctor.

Dicen que las comparaciones son odiosas, así pues, voy a tratar de olvidar y de ahorrarme un dolor innecesario...

Capítulo 9

“La casualidad no existe...Nos conocimos por una de dos razones especiales: Eres una lección o eres una bendición”.

Anónimo

Estamos de nuevo en el barrio. Miro el reloj del móvil. Son las tres y cuarto de la tarde. Quedan menos de doce horas para la cita con Víctor...

—Muchas gracias por todo, estoy abrumada...

—Todavía no hemos terminado, Sofía. No me queda mucho tiempo...

—Que no te queda mucho tiempo, ¿para qué? —pregunto por compromiso. Realmente estoy tan nerviosa por causarle tan buena impresión a Víctor...

—Para nada...

—Lo siento, mi querido taxista. Es la primera vez que tengo posibilidades de ser algo realmente digno de mí. —Le sonrío, ¡qué extraño! Según va pasando el tiempo le encuentro cada vez más cambiado...

—Te invito a comer. Debes aprender aún unas cuantas normas de protocolo y unas cuantas cosas sobre el menú de Nochevieja.

—¿Para qué? —Salgo del vehículo. Le observo tomar del maletero el montón de bolsas que me ha comprado para conseguir mis objetivos. Agacho la cabeza. Siento un escalofrío de pies a cabeza...

—Déjame que suba los paquetes a tu casa y te explico.

—Vale de acuerdo. Perdona estoy pensando que te debo mucho, ¿me dejas que te invite a comer? Es Navidad, y mi familia... Ya ves no se preocupan por mí.

—No saben lo que se pierden...—Carraspeo, no sé qué decir. Vivo flotando en la nube.

Subimos por las escaleras hasta mi casa. El apagón de ayer debió

estropear el ascensor de mi casa, al igual que el del centro comercial...

Las mariposas revolotean por mi estómago a su antojo. Estoy tan nerviosa...

Intento abrir la puerta de casa, pero las llaves se me escurren de las manos.

—Trae anda.

—¡Gracias! No sabes cuánto te lo agradezco. Me siento como bloqueada.

—Si quieres un consejo...—Deja todas las bolsas encima de la cama, con mucho cuidado...

—Adelante, soy toda orejas. Te debo todo lo que en un futuro pueda ser... ¿La señora de Víctor Salcedo? —Salto como una quinceañera, dando palmaditas y riendo como una tonta. Oigo un resoplido a mis espaldas. No me importa, sé que esta vez lo voy a conseguir.

—¿Nunca te han dicho que hay que tener mucho cuidado con las ilusiones?

—No creo que tenga que recordarte la clase de familia que tengo. — Me desnudo y me coloco nuevamente el pantalón del chándal y la camiseta manchada de lejía. Me ha parecido escuchar un suspiro entrecortado. Me giro rápidamente... Una pequeña nube de humo comienza a disiparse alrededor de mi taxista misterioso.

—Cuando se depositan tantas esperanzas, cuando uno se las imagina tan perfectas... Son peligrosas.

—Oye, ¿qué ha sido eso? Esa nube... Ese hombre de escándalo que, que, queee—Tartamudeo sin poder evitarlo.

—Yo no he visto nada, cariño.

—¿Cariño? —Me froto los ojos tratando de disipar las imágenes de un macizo que se dejaba entrever en medio del humo...

—Ven siéntate. Probablemente tengas hambre, es eso no lo dudes. —
Me acompaña hasta la cocina y me ayuda a sentarme en uno de los taburetes.

—¿Cómo te llamas?

—Ya te lo he dicho...—Anda abriendo cajones, puertas de armarios en busca de algo comestible.

—No vas a encontrar nada, tenía previsto pasar el día de Navidad en casa de mi hermano soportando sus éxitos y grandezas...

—¿Y esto qué es? —Me enseña un pastel de salmón listo para calentar...

—¿De dónde has sacado eso? —Me levanto sobresaltada.

—No sé estaba en tu nevera. No es gran cosa, pero....

—No recuerdo haber comprado nada...—Me rasco la cabeza, intentando visualizar el momento en el que compré en la tienda de precocinados de al lado de mi casa... ¿Salmon?

—Vale, tranquila yo lo caliento en el horno... Tomaremos un poco de este vino espumoso tan rico que he encontrado en el congelador...

Sigo sin poder creer lo que ven mis ojos.

En pocos instantes me veo brindando con una copa entre las manos y degustando un delicioso pastel del salmón junto con un tipo que cada vez me inspira más curiosidad...

—¿Dónde naciste?

—En realidad, no hay mucho que contar.

—¿No hay mucho que contar? No sé si estás casado o no, ni pajolera idea de dónde vienes...Dudo mucho de que seas taxista, además tu aspecto varía por momentos...—Le señalo con el tenedor. La única respuesta que recibo es una retirada de la copa que sujeto con la mano izquierda.

—No bebas tanto, Sofía. —Me sonrío. Su mirada me cautiva.

—Apenas me he mojado los labios. —Posa su mirada en mi boca y ahí está de nuevo ese color azul cobalto de sus ojos...

—Eres demasiado curiosa y una obsesa del control. Necesitas tenerlo todo bajo...

—¿Qué hay de malo en eso?

—Ningún hombre quiere follarse a una tía que le tenga debajo del tacón de su zapato todo el puto día, y menos casarse con ella.

—Oye, ¡yo no soy así!

—¡Claro que sí! Mira si quieres un consejo, no le hables de tus problemas a Víctor, no querrá escucharte.

—Ya le hablé en el ascensor y ¡me entendió, me ofreció un puesto de trabajo!

—Por supuesto, querida. Se interesó por ti solo por ver si podía metértela hasta en el bolso.

Me levanto de golpe. La banqueta hace un ruido espantoso al caerse detrás de mí. Salgo de la cocina y me meto en el cuarto de baño. Echo el pestillo. No quiero escucharle más. Me ofende con sus patrañas. Víctor no es así, Víctor...

Me bajo los pantalones y las bragas, me siento en la taza del váter y hago pis. Lloro desconsoladamente, sudo a chorros. Está visto que se ha roto alguna cañería dentro de mí y voy a terminar deshidratada del disgusto.

—Sofía, abre.

—¡Vete a la mierda! ¡Has roto mis ilusiones! ¡Vuelve con tu palillo y tu taxi a ejercer la caridad a otro sitio!

—Por favor. Solo trataba de aconsejarte.

—¡Métete tus consejos donde te quepan!

—Voy a entrar.

—¡Ja! ¡Como no traspases la puta puerta!

—¿Así?

—¡Quéeeee! ¡Ay Dios míoooo! —Efectivamente había traspasado la puerta de mi cuarto de baño y estaba en cuclillas delante de mí mirándome con una sonrisa de oreja a oreja y esos ojos azules hermosos como el color del mar en una tarde de tormenta...

—Tranquila. —Deslizaba la mirada de un lado a otro, de la puerta a su cara, de su cara a la puerta... Todo estaba intacto: Él sin un rasguño, la puerta impecable. Me lleno los pulmones de aire, para empezar a dar un alarido como nunca había gritado en mi vida.

—Si no gritas te digo cómo me llamo, de dónde vengo y cuál es mi profesión...—Su mano tapa suavemente, con dulzura infinita mi boca. Agito espasmódicamente la cabeza indicando que no lo voy a hacer.

—¿Sí vas a gritar? — Dios qué hombre... Es lo más hermoso que había visto en mi vida. Vuelvo a girar la cabeza esta vez algo menos nerviosa —. Esta bien levántate. Te espero en el salón.

Respiro profundamente un par de veces. Cierro los ojos. Me levanto y me subo las bragas y los pantalones. Tomo un poco de papel higiénico y me sueno la nariz.

No estoy acostumbrada a sufrir este tipo de sobresaltos, y digo sobresaltos porque no sé ni qué título ponerle a todo esto que me está pasando...

—Acércate Sofía, no me como a nadie.

—¿Seguro?

—¡Jajajaja! ¡Seguro! —Da un par de palmaditas en el asiento del sofá, para que me siente a su lado.

—Oye esa chimenea... No estaba ahí antes, ¿verdad?

—No. Simplemente es para darle un aire más hogareño a tu salón. Estás helada, y es la manera más rápida que se me ha ocurrido de que

sintieras calor.

—¿Y qué tal si giras la llave de la caldera y enciendes la calefacción?

—No sería lo mismo, cariño. —Sentado a mi lado con una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros, con los pies desnudos, es tan diferente al viejo casposo con el palillo en la oreja, tan diferente... Empiezo a reír de forma histérica.

—No tiene gracia. Nadie puede ver mi verdadero aspecto.

—¿Puedes leer mis pensamientos?

—Si quiero, sí.

—¿Y yo soy la controladora? ¡Por favor!

—Sofía se me acaba el tiempo...

—Eso ya me lo has dicho antes...—Tengo otra vez los ojos llorosos.

—En Año Nuevo ya no estaré. Así que tienes que estar atenta.

—¿Te vas? —Toma mi cara entre sus manos. Apoya su frente en la mía.

—Si me haces caso todo saldrá bien. —Asiento con la cabeza —Buena chica. Ahora trae papel y lápiz. Comienza tu clase.

Me levanto como un autómata, vuelvo con una libreta y mis bolis de colores.

—Yaiza es la secretaria de Víctor, y su última amante. Lo cual quiere decir que no lo va a soltar, así como así...

—Entiendo.

—No, no comprendes es como el can Cerbero...

—¿Quién? —Apunto en la libreta con un bolígrafo rojo: Yaiza=Perro rabioso.

—El can cerbero es un perro de tres cabezas que guarda las puertas del

infierno. Se asegura de que ningún muerto atraviese las puertas y que ningún vivo...

—Entiendo, Cosme. Ahórrate el resto.

—Héctor.

—¿Cómo? —Debo haber puesto cara de estúpida porque se ríe a carcajadas.

—Mi nombre verdadero es Héctor, Cosme es para la misión...

—¿Qué eres, Héctor?

—Tu hada madrina.

—Joder esas tipas son gordas, viejas, y mujeres, y tú... —Me mojo los labios con la lengua. Los tengo secos como la garganta y la boca...

—*Alux*, somos *alux*, el equivalente masculino a las hadas madrinas... No hagas eso...

—¿El qué?

—Mojarte los labios. —Instintivamente saco de nuevo la lengua.

—Sofía...—Vuelve a advertirme.

—Vale, vale. Continúa, por fa.

—La entrevista de trabajo te la hará Yaiza. Pondrá a prueba tus dotes de organización, de previsión y conocimientos en el mundo de la moda y...

—¡No podré conseguirlo!

—¡Calla y apunta!

—¡A la orden mi sargento!

—Ya te he dicho que los hombres somos simplorros, pero las mujeres como Yaiza, no así que te ordenará que prepares la cena y el cotillón de fin de año...

—¡Joder!

—Para ciento cincuenta personas. Las reservas en los mejores sitios de Madrid están hechas desde hace cuatro meses...

—Será imposible, Héctor...—Cierro la libreta y tiro el bolígrafo al fuego. Me levanto, pero su mano me empuja y me sienta de nuevo encima de él.

—Nena, no sabes lo que estás diciendo... ¿Crees que solo te juegas tu futuro y tu felicidad?

—No me creo nada. O bueno estoy dispuesta a creerme todo...—Le miro fijamente a los ojos. Le brillan con furia.

—Entonces hazme un favor, y continúa escribiendo lo que te vaya comentando. —Me toma en brazos como si fuera ligera como una pluma y me sienta otra vez a su lado. Me gustaría verle haciendo el mismo gesto cuando pesaba cincuenta kilos más.

—Habría podido sostenerte, aunque hubieras pesado una tonelada.

—No hagas eso, por favor. Me siento fatal...

—Entonces, apunta. Nada de críticas, aunque sean constructivas, Yaiza tiene la sartén por el mango, pero lo que no se imagina ni de lejos es que tú tienes escondidos unos cuantos ases en la manga...

Capítulo 10

“Al éxito y al fracaso, esos dos impostores, trátalos siempre con la misma indiferencia”.

Rudyard Kipling

Estoy sentada en la sala de espera de la zona administrativa del centro comercial.

Héctor me ha traído en taxi hasta aquí. Me hubieran bastado diez minutos para acercarme andando, pero no me lo ha permitido. Él mismo me ha elegido un traje con la chaqueta recta, fluida, de líneas sencillas... Concretamente una Chanel. Me ha dicho que no me preocupe que la tal Yaiza a pesar de ser una zorra taimada no distingue en cuestiones de moda un huevo de una castaña.

—Señorita Pérez de Lara, ¿me acompaña?

—Encantada. —Sigo a la secretaria de la secretaria de Víctor. A través del un inmenso pasillo enmoquetado voy respirando profundamente y pensando en positivo... Tal y como me ha aconsejado Héctor. Es extraño pero cada vez que pienso en él, siento un cosquilleo en el estómago que no puedo evitar ni controlar...

—Adelante. —Se oye una voz femenina tras unos leves toques en la puerta por parte de la secretaria de la secretaria.

—Tome asiento por favor, señorita López de Llarra.

—Si no le importa Pérez de Lara. —Instalo una sonrisa neutra en la cara. Observo cómo revuelve folios en la mesa con total displicencia.

—Sí, eso. Víctor me ha encargado que le realice una pequeña entrevista antes de que forme parte de su departamento, ¿me permites tu bolso? —Sin previo aviso me tutea.

—¿Cómo dice? —Se levanta del sillón. Es delgada, elegante, lleva el pelo recogido en un moño apretado... Me ha pillado por sorpresa. No esperaba este golpe bajo.

—Sí, tu bolso. —Extiende la mano. No me queda más remedio que ceder a su capricho perverso. Se lo acerco. Lo abre sin ningún tipo de reparos y revuelve en busca de quién sabe qué.

—No hay plásticos, ni envolturas de caramelos, ni papelotes... Bien eso está muy bien. La imagen que tengan de Víctor Salcedo depende en buena medida de la imagen de su secretaria personal. —Me revuelvo en la silla. Noto su rabia apenas controlada.

—Según Víctor Salcedo, ustedes dos firmaron un preacuerdo verbal en el que comenzaría a formar parte de la empresa si era capaz de resolver un pequeño asunto que nos trae de cabeza. —Solo recuerdo un beso caliente y húmedo que me dio en el ascensor... De nuevo sale a relucir el tratamiento de “usted”. Es más falsa que la copia de su bolso Dior que luce en una de las mesitas auxiliares.

—Señorita Soledad, ¿me escucha? —¡Hostias! Ni me acordaba de que mentí a Víctor con mi nombre. Algo que remediaré en cuanto tenga la oportunidad de hablar con él.

—Perfectamente. —En la mesa tiene una fotografía enmarcada en la que aparecen Víctor y ella abrazados y sonriendo a la cámara. Se les ve felices y relajados.

—Bien aquí tiene el dossier. —Me lanza un archivo que cazo al vuelo —. Debido al escaso tiempo del que dispone para leer y preparar la fiesta de fin de año, le aconsejo que pida ayuda si es necesario al mismo cielo para que lleguemos a tiempo. En esa fiesta nos jugamos mucho, Soledad tanto como seguir perteneciendo o no a *Lumière Caise de Dépôt et Placement du Montreal*.

—No habrá ningún problema, en un par de días estará todo listo. —Me levanto, recojo mi bolso y la carpeta y me despido. Solo que en cuanto poso la mano en el manillar de la puerta escucho pronunciar mi nombre, el de verdad...

—Sofía, ten mucho cuidado conmigo... Es un buen partido, ¿cómo lo conseguiste? —No puedo evitarlo me giro muy despacio y le contesto:

—Se la chupé muy bien...—Alzo una ceja.

—No apostarí ni un maldito céntimo a que lo hiciste. —Se sienta en el borde de la mesa. Está cruzada de brazos.

—Sin embargo, yo me apostarí un montón de pasta a que tú nunca se lo has hecho.

Capítulo 11

“Siempre he tratado de ser una damita, pero no puedo, al final saco el albañil que llevo dentro”.

Anónimo

Nada más salir a la calle, el viento helado abofetea mi cara. Me encojo dentro del abrigo y meto las manos en los bolsillos. El bolso era lo suficientemente grande como para albergar la dichosa carpeta, así que no tengo que preocuparme por ella. Diviso el taxi de Héctor.

Cruzo la calle, abro la puerta y monto en la parte trasera.

—Pensé que nunca montarías en mi taxi, pelirroja.

—¿Quién demonios eres?

—Exactamente.

—¿Quéeee?

—Abróchate el cinturón, pequeña. De momento te necesito viva.

—¡Y una mierda! —Sin pensármelo dos veces y aunque el vehículo ya ha arrancado, abro la puerta y me tiro en marcha.

Ha sido una locura, pero he podido salvarme de un viaje que sin duda ninguna me iba a traer complicaciones, unas cuantas más de las que ya tengo.

He caído de mala manera, sobre el brazo izquierdo el que aguanta el puto bolso con el dossier...Me duele una barbaridad.

—¡Sofía! ¡Cuando salgas a la calle recuerda que no puedes tomar el taxi de la acera de enfrente! ¡Nunca! ¿Entendiste? — Es Héctor, que viene lanzado desde el otro lado de la calle. Me recoge del suelo y me lleva en brazos ahora sí, hasta su taxi. Esta vez me sienta a su lado.

—Lo siento, Héctor. Esa bruja de Yaiza me ha puesto de muy mal humor y le he soltado un par de frescas....

—Nunca prosperarás si te dedicas a insultar al jefe o a llamar macarra

chupapollas a la amante del jefe...—Ni me molesto en preguntarle cómo lo sabe. Tan fácil como leerme el pensamiento.

—No he podido evitarlo.

—Lo sé, ¿te sigue doliendo el brazo? —Me lo toca con mucha delicadeza, de su mano irradia calor, tanto que me relajo y suspiro profundamente.

—No, ya no... ¿Cómo lo has hecho? —No contesta. A cambio me besa en la boca...

—Vámonos a casa. Tenemos que estudiar ese dossier.

Sin embargo, no me lleva a mi casa como yo creía que iba a hacer. El viaje se alarga algo más de media hora. Recorremos a toda velocidad la autopista con dirección norte hasta llegar casi al embalse del Romeral.

Aparca el coche. Es algo más de mediodía. El camino no está hecho para mis zapatos de tacón, así que sin mediar palabra y nada más salir del coche, me toma en brazos y avanzamos por un pinar hasta llegar a una cabaña de madera.

Al entrar al salón tengo una sensación de *déjà vu* que me hiela la sangre.

—Esa chimenea no es...—Me deposita con sumo cuidado en el suelo.

—Sí es la misma. Ve al cuarto de baño. Detrás de la puerta encontrarás una percha con ropa cómoda colgada. Cuando salgas te daré unos calcetines y unas zapatillas para que estés a gusto.

—De acuerdo. —Ni tan siquiera cierro la puerta, ¿para qué? Él solito puede atravesarlas...

Me cambio rápidamente. Cuando salgo está esperándome con los calcetines en una mano y las zapatillas en otro.

—Vale, ¿te encuentras bien?

—Es cuando menos, un poco extraño, ¿no crees? Piénsalo, Héctor.

Jamás en la vida he recibido un regalo tan extraño como este en Navidad... No sé si vivo inmersa en un sueño o en una pesadilla de la que no podré salir nunca.

A veces en medio de la noche me pellizcaba bien fuerte para asegurarme de que estaba viva y en el mundo real...

—Tranquila, a algunas personas les toca la lotería de Navidad, a otras el euromillón y a ti te ha tocado ver cumplida tu mayor fantasía...

—No he hecho nada para merecer esto. —Estamos sentados en el sofá y Héctor termina de colocarme los calcetines. Sus manos son suaves, fuertes...

—Es cuestión de probabilidad.

—Ni tan siquiera me ha tocado un maldito reintegro en un sorteo, ni una familia digna, ni una traba...—Me tapa la boca con la suya —. Basta, Sofía.

—Adoro tus besos, Héctor.

—Los invento todos los días, para ti, para tu boca. —Sin querer rodeo su cuello con mis brazos. Me dejo llevar por el calor de su boca, la dulzura de su lengua, la humedad de mi entrepierna... ¡Oh Dios mío!

—¿Quién eres?

—Alguien con muy mala suerte... El tiempo se me está acabando. Déjame que te haga el amor. —Me siento aturdida por el calor, el abrazo, la ternura, los besos...No me puedo negar.

Me toma en brazos y me lleva hasta una habitación con un gran ventanal. La nieve se posa en las acículas de los pinos. Me siento flotar.

Me quita las botas y los pantys... La falda, la chaqueta y la blusa. Me tumba en la cama. Una chimenea caliente la estancia. Su ropa y mis bragas y el sujetador desaparecen como por arte de ensalmo.

—Te adoro...—le escucho decir mientras besa mi ombligo.

—Héctor, tócame...

—Sí, mi amor. —Desciende hasta mi sexo. Su lengua acaricia con tanta delicadeza mi sexo que jadeo abandonada al placer.

Con la lengua ejerce presión sobre el clítoris, lo besa, lo lame, lo mima hasta que grito de placer...

—Te necesito, Sofía. —Se sienta y apoya la espalda sobre el cabecero de la cama. No hace falta que me diga más.

Desciendo sobre su cuerpo y meto su pene en mi boca.

Lamo cada gota que mana de su punta, mi mano asciende y desciende por su tallo con suavidad... Hasta que posa su mano en la mía y aprieta con fuerza.

—Más deprisa Sofía, mi amor...—Sin embargo, paro, y me incorporo. Necesito sentirle dentro de mí.

—¿Así mejor? —Me siento encima de él. Su miembro vibra dentro de mí...

—Mucho mejor...—Una de sus manos vuela hasta la unión entre los dos cuerpos, deslizando sus dedos en mi clítoris...La otra acaricia con tanta delicadeza mis pechos que creo que voy a estallar nuevamente...

—Espera, para Sofía... Abre los ojos.

—No puedo, Héctor hace tanto tiempo que no hago el amor...que... no puedo...

—Cariño...Para un momento. —Las súplicas de mi amante me devuelven un pequeño instante a la realidad.

—Por favor, no te detengas...

—Solo quería que supieras que pase lo que pase siempre estarás dentro de mí, en mi alma, en mi espíritu...

—¡Dios, Héctor! Creo que me voy a correr...

Tal vez algún día me arrepienta por haberme dejado llevar por esta pasión...

Capítulo 11

“Acepto, no es resignación”.

Dalai Lama

Despierto en medio de la noche. A mi lado yace Héctor. Estoy empapada en sudor. El corazón me late tan deprisa que creo que se me va a salir por la boca.

Me levanto despacio. No quiero despertarle. Llevo cuatro días viviendo en su casa. Miro el reloj del móvil. Son las cinco de la mañana. Me muevo despacio procurando no hacer ruido cuando me dirijo al cuarto de baño.

Necesito ducharme y repasar todos y cada uno de los puntos del programa de mañana.

No he vuelto a ver a Víctor desde el día que nos quedamos encerrados en el ascensor.

He recibido un par de wasaps suyos felicitándome por haber conseguido en tiempo récord reservar el restaurante Goya del Hotel Ritz...Si él supiera.

En sus wasaps se le nota que está simplemente entusiasmado por haberme encontrado en Nochebuena, aunque el ambiente o las circunstancias no fueran los ideales...

Desea verme, con todo su corazón... No le he dicho nada a Héctor. Quizás ya lo sepa. Él y sus “poderes para leer la mente”. Prefiero no preguntarle.

Y, ¿yo? Tengo la cabeza hecha un lío. Vivo en un mundo irreal.

Cada vez que hago el amor con Héctor siento un montón de remordimientos.

Necesito centrarme en Víctor, no en un, ¿ente? que cada vez que hacemos el amor me dice que no le olvide...

Busco y rebusco dentro de mí un montón de excusas, de justificaciones para convencerme de que lo que estoy viviendo con Héctor es temporal, quizás un sueño agradable, del que necesito despertar.

Y, sin embargo, Víctor es todo un desafío...

Abro el grifo de la ducha. Me meto en la cabina y dejo que el agua corra por mi cuerpo.

Froto suavemente con jabón el vientre, los pechos...Tengo los pezones tan sensibles por las caricias, los besos y los mimos, que gimo al rozarlos con mis dedos.

Dejo que el agua caliente se deslice por mi cuerpo. Cierro los ojos y me dejo llevar por las sensaciones.

Y, ¡oh Dios! La impresión del agua en mi piel es sustituida por la caricia de unas manos que deseo con toda mi alma...

—Héctor.

—No te angusties, mi amor. Todo será un éxito.

Extendí mis brazos hacia él. Tenía que volver a hacerlo porque de un modo u otro sabía que se marcharía. Rodeé su cuello con mis brazos. Mi lengua acariciaba una y otra vez su cuello.

Notaba su erección entre las piernas. Sentía sus jadeos, sus gemidos mientras se frotaba entre los pliegues de mi sexo.

Con un movimiento rápido me eleva y me ordena que rodee su cadera con mis piernas.

Era lo más erótico y placentero que había sentido en mi vida.

Me cabalgaba empujando una y otra vez. El ritmo de las penetraciones era intenso.

Eran momentos creados para vivirlos, Héctor se acoplaba a mi cuerpo, a cada curva de mi cuerpo como si él se fundiera en mí.

Me pierdo en la sensación. Mis piernas entrelazadas en su cuerpo.

Me llueven sus besos, como el agua de la ducha.

Me acaricia mientras se corre dentro de mí.

No sé si podré soportar tanta felicidad.

Estoy aturdida.

Los sentimientos me invaden, pero no se trataba de un amor humano...

Capítulo 12

“Todos tenemos un talento, yo por ejemplo nací con el don de complicarme la vida”.

Anónimo

Fin de año. Por fin ha llegado el momento deseado. La hora de la verdad. Me miro al espejo de cuerpo entero del cuarto de baño.

Héctor está detrás de mí, con una sonrisa resplandeciente.

—Divina. Estás deslumbrante.

Y era verdad. El espejo me devolvía una imagen que ni tan siquiera me atrevía a mirar de frente por miedo a que se desvaneciera...

Veía a una mujer poderosa, seductora, misteriosa. Llevaba un vestido de *Elie Saab*, romántico de terciopelo rojo burdeos de corte princesa con volumen en la falda...

La mujer dubitativa, indecisa había desaparecido dando lugar a otra que a través de una abertura lateral dejaba entrever a otra fascinante de piernas suavemente contorneadas.

—Son las nueve.

—Tranquila. Llegaremos a tiempo.

—Lo sé. No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—No lo hagas. Sabes que es cuestión de azar... Esta vez has sido la afortunada. —No dejas que termine de hablar, corro hacia él, le abrazo y le doy un beso sonoro en los labios.

—Toma la cartera y la capa. Hace mucho frío. No querrás resfriarte el fin de año, ¿verdad?

—Héctor.

—Sofía, no. Ahora debes centrarte en tu objetivo, ya sabes, Víctor y ese trabajo increíble que te has ganado a pulso. —No sé por qué, pero lo que

acababa de escuchar me ocasionaba un escalofrío muy desagradable.

—De acuerdo.

—¿Preparada?

—¡Sí! —Cierro los ojos. Estoy nerviosa. Cuando vuelvo a abrirlos, estoy metida dentro del taxi de Héctor.

Atrás quedaron los días en los que lloraba desconsoladamente y me torturaba por la mala suerte que rodeaba mi vida.

Voy sentada en el asiento trasero de un BMW.

Avanzamos lentamente por la Gran Vía de Madrid, iluminada con las luces navideñas

Apenas hay gente por la calle. Héctor avanza lentamente por la calle Alcalá, gira a la derecha hacia el Paseo del Prado... Y en unos instantes para delante de la entrada principal del hotel Ritz.

—Hemos llegado, princesa.

—¿Me acompañas? —Me mira a través del espejo retrovisor. Sonríe. Adoro esa boca hermosa de dientes blancos y perfectos que en un principio me daba grima.

—No, Sofía. Mi misión ha finalizado.

—¿Cómo dices? —No recibo contestación alguna. En un instante la puerta se abre.

—Adelante.

—Héctor...

—No. Sé feliz...—Tengo un nudo en la garganta tan grande, que apenas me deja hablar. Oigo la puerta del BMW cerrarse. No puedo mirar atrás. El ruido del motor me indica que ha desaparecido entre las luces de la ciudad.

Avanzo despacio por el hall.

Yaiza y Víctor me esperan...

—Sole, cariño luces espectacular. —Víctor me recibe con una sonrisa radiante y un esmoquin de Armani. No puedo evitar establecer comparaciones...

Pero ¿Por qué? ¿No era esto lo que quería?

De repente todo esto me importa una mierda. Al igual que los éxitos de mi hermano y de Telma, mi cuñada.

Víctor me lleva del brazo y me presenta a los consejeros, y socios capitalistas que forman parte del accionariado de *Lumière Caise de Dépôt et Placement du Montreal*.

Todos hablan en francés e inglés... Y yo no tengo ni puta idea de lo que están diciendo.

Lo mejor de todo esto, es que no me importa nada.

—Sole, cariño la fiesta es todo un éxito.

—No me llamo Sole. —Tomo una copa de champán de una bandeja que me ofrece un camarero.

—¿Cómo dices? —La sonrisa no le abandona ni un solo instante, a pesar de que le noto que se tensa por momentos. Tomo un sorbo más grande de lo que establece el protocolo. Para ser exactos me bebo de un solo trago el champán de mi copa.

—Ya me has oído, no me llamo Sole. Soy Sofía, tu compañera de instituto, la gorda...

—¿Quéee? —Nos paseamos entre los invitados. La fiesta es magnífica. Pero yo solo quiero marcharme de aquí.

—¿Estás sordo?

—Perfectamente, pero no te entiendo una mierda.

—Pues está claro, cariño. —le respondo mientras me agencio otra copa de champán del que elegí con la recomendación de Héctor... ¡Joder! —. Yo

soy Sofi la gorda, esa niña obesa que servía para tus chistes odiosos...

—*¡Enchanté, Madame!* —saluda a una señora con un perfume rancio y un gusto poco menos que dudoso a la hora de elegir la “bisutería” que le cuelga del cuello —. Ahora entiendo por qué sabías mi nombre...

—Lo raro es que no te lo haya restregado a la cara tu amante.

—¿Cómo dices? —Paseamos entre los invitados, con una sonrisa falsa pintada en la cara. Víctor me lleva cogida del brazo. Parecemos una pareja perfecta... ¡Maldita la gracia que me hace!

—Lo que has oído.

—No puede ser...

—Por supuesto que lo es...—Le sonrío. Si pudiera salir corriendo de aquí...Demasiado tarde.

—Luego hablamos. Esta fiesta es muy importante para mí...Y tú eres una pieza fundamental...

—¿Para qué?

—Luego. —Sin ningún disimulo, me abraza y me pellizca el culo. Supongo que ha encontrado en mí un instrumento para ascender en la escala de poder y cómo no un motivo para darle celos a Yaiza.

Pasamos al salón Goya.

Nos sentamos según el protocolo que diseñé ayudada por Héctor...

No puedo pensar en él, ni en lo que representa...Aunque en el fondo de mi corazón sepa muy bien quién es.

He sido bendecida con la presencia de un ser maravilloso que he eclipsado con un becerro materialista, machista y ávido de poder, gloria y fama...

La música se entremezcla con el sonido de felicidad de la gente que degusta la lasaña de bogavante, el sorbete de tomillo y la lubina con percebes.

La fiesta resulta ser todo un éxito que asegurará mi puesto de trabajo.

Sin embargo, me siento vacía. He cometido un error terrible al intentar materializar un sueño de adolescente.

Las personas no cambian a pesar de que nos empeñemos en que así sea.

La forma nunca podrá competir con el fondo.

Es hora de que pase página a esta historia que viene durando más de una década.

Con Víctor simplemente no pasé de la fase de enamoramiento. No me curé bien de esta enfermedad y presiento que ha dejado secuelas irreversibles en mi corazón.

Capítulo 13

“Ama y ama mucho, porque al final la vida es solo eso...Un suspiro”.

Anónimo.

Observo a la gente reír, brindar...

Lo que en un principio parecía que podría ser mi futuro, un mundo exótico se iba desvaneciendo poco a poco...

—¿Te encuentras bien? —Es Óscar el amigo de Víctor.

—Mucho mejor que la última vez que nos vimos. —Con un vuelco en el estómago comprendo que odio este lugar y que hubiera deseado no haberme encontrado de nuevo con Víctor.

—Sabes que no tienes nada que hacer con Yaiza...Que están hechos el uno para el otro, ¿verdad? —Me señala con la copa hacia el lugar donde se encuentran charlando, abrazados de la cintura.

—Ya veo.

—Lo sé todo.

—Y eso qué significa...

—Yaiza, me contó que el patito feo y gordo del instituto se había convertido en un cisne delgado y hermoso con ganas de ascender a la cumbre...

—Óscar, hazme un favor, ¿quieres? Dile a Víctor de mi parte que hasta a los postes más grandes y fuertes los mean los perros.

—Obras son amores y no buenas razones, lo que sea por una dama tan interesante como tú...—Le brillan los ojos de pura lujuria. No me mira a la cara sino a mi escote...

—¡Vete a la mierda! —Con una sonrisa de oreja a oreja, le tiro la copa de champán en la cara.

Salgo de allí, con la cabeza bien alta. Me toco las golondrinas tatuadas

del cuello. Es un gesto que me confiere seguridad.

He olvidado la capa, así que corro a tomar el taxi que está aparcado en la acera de enfrente. Abro la puerta trasera. Prácticamente me tiro al asiento de cabeza.

—Buenas noches...

—Feliz año...—Sin embargo, ese olor que de repente me impacta en la nariz me recuerda al que aspiré hace unas pocas horas.

—Igualmente, querida.

—Por favor, me llevas a...

—Esta vez tendrás que esperar.

—Esperar, ¿a qué?

—Vengo a cobrar el favor que te ha hecho Héctor. —Su mirada hipnótica me produce escalofríos.

—No te entiendo.

—¿Has oído hablar del yin y el yang?

—Lo que me faltaba...

—Nada existe en estado puro, ni tampoco en absoluta quietud... Todo lo malo tiene algo bueno en su interior, así como todo lo bueno...

—¡Que te jodan! ¡Déjame salir de aquí! —Por si fuera poco, tenía que aguantar a un estúpido recaudador de favores ultraterrenales...

—Deseaste algo con mucha fuerza y el Universo te lo concedió...Pero nada es gratis en esta vida, ni en la otra. —Volamos por la carretera.

—Tío deja de rayarte, no te debo nada ni a ti ni a nadie.

He debido cabrearle de lo lindo, pues frena a lo bestia haciendo derrapar el coche, hasta dejarlo medio tirado en la cuneta.

Gracias a Dios que me había dado tiempo a ponerme el cinturón, o

hubiera salido despedida por el parabrisas delantero.

Gira la cabeza de forma siniestra.

—¿Dónde está Héctor?

—No volverás a verle.

—Porque tú lo digas.

—Solo quiero recordarte que debes pagar...

—Y en qué consiste mi deuda—Me cruzo de brazos.

—Trabajarás a las órdenes de Yaiza y Víctor. Era lo que querías...

—Que te jodan, yo solo quería un trabajo...

—Y a Víctor. —Un resplandor rojizo ilumina sus ojos.

—Para ti, te lo regalo. No era lo que yo pensaba... Sigue siendo un fiasco de tío. —Si me hubiera quedado en casa, atiborrándome a turrón mientras veía por la tele al lotero brindar por sus clientes ganadores del premio gordo... Resoplo sin poderlo remediar.

—O cumples o arderás...

—Mira gilipollas, ya estoy más chamuscada que la pipa de un indio. —Le agarro desde el asiento de atrás del taxi por el cuello de la cazadora — Así que no me amenaces con los fuegos fatuos, ni con olor a azufre...

Estoy que reviento de ganas de gritar. Sin embargo, unos pequeños toques a la ventanilla de mi lado nos llaman la atención a mí y al cobrador del frac diabólico...

—¿Héctor? —¡Dios qué ganas tenía de verle! —. ¡Abre la puerta, majadero! ¡Ha venido mi héroe!

—Ya has oído a la señorita... Abre.

—¡No le oyes, o estás sordo! ¡Que le abrassssss! —Le agito como si fuera una botella de champán a punto de descorchar.

—¡Vale, vale! —Acciona el seguro del coche, y en menos de una décima de segundo se sienta en el asiento del piloto.

—Esto no era lo que había planeado ya sabes...—señala con el dedo índice hacia arriba.

—La señorita ha devuelto el regalo. No lo quiere. —Me mira a través del espejo retrovisor. Sonríe y me guiña un ojo.

—¿Y eso qué significa? ¿Desde cuándo se admiten cambios?

—Es fácil. Solo consiste en razonar y negociar con la persona adecuada en el momento justo...

—¡No me jodas, Héctor! ¿Así están las cosas? —Se enciende un puro apestoso que huele a demonios coronados...

—Sí...—Asisto atónita al diálogo entre los dos ... ¿Polos opuestos?

—¡Hola! Estoy sentada aquí detrás, si me podéis explicar de qué habláis...

—El imbécil de Héctor, ha hecho un cambio de lo más estúpido con el Jefe... Ya sabes. —Se gira en el asiento y me echa todo el humo del puro a la cara. Me hace toser el muy canalla.

—No, no sé.

—Pues está claro...los regalos que el Universo te concede no se devuelven, si no te gustan te jodes y cargas con ellos de por vida...—Eleva una ceja para sentenciar lo que acaba de aclararme.

—Entonces...Como yo no he aceptado esa mierda de trabajo y de hombre con el que tanto soñaba...

—Héctor ha realizado un pequeño intercambio para que todas las cosas permanezcan en equilibrio con el Universo...

—¡Bájate, ya has hablado bastante! —La voz de mi héroe resuena en el habitáculo de forma estridente.

—Como quieras, mi amo...—Una nube envuelve al personaje

siniestro; cuando se disipa no queda ni rastro de él...

Capítulo 14

“Y debo decir que confío plenamente en la casualidad de haberte conocido”.

Julio Cortázar

Y de nuevo es veintidós de diciembre... Me siento frente al televisor a ver cómo entrevistan al lotero de turno... Está encantado de la vida, no le importa en absoluto haber repartido un montón de pasta a sus vecinos y clientes ... Y no haber pillado ni un céntimo para él.

Pero esta vez es diferente. Ya no estoy amargada sino feliz, muy muy feliz.

A mi lado tengo al hombre que me salvó de experimentar en mis propias carnes una vida de mierda...

Que me hizo reconocer que no es oro todo lo que reluce y que hay que tener mucho cuidado con lo que se desea... porque podría realizarse.

Sin duda es un arma infalible para los que sepan usarla, pero catastrófica sino eres capaz de reparar en sus efectos.

—Héctor, algún día me dirás con qué negociaste para estar conmigo, ¿verdad?

—Ha pasado un año y sigues preguntándome lo mismo de siempre...
—Me coge en brazos y me lleva a la cama. Me desnuda con la misma delicadeza de siempre, y sin embargo cada día me excita un poco más si cabe...

—No soy la asesora de imagen que pretendía...—Jadeo al notar su boca descendiendo por el vientre hasta llegar a mi sexo...

—Ni yo imaginé que pudiera llegar a ser un taxista de verdad ni amar a una persona tanto como te amo a ti.

—¿Me recuerdas? Llevaba el pelo teñido... ¡Ohhh Dios qué bueno! —
Lame despacio entre mis pliegues —. Estaba avergonzada de mi situación, tenía miedo a decepcionar a mi madre y a mi familia... ¡Sigue, no pares!

—Como deseas. —Se alza entre mis muslos y sonrío el muy canalla.

—Entonces apareciste tú, con ese palillo asqueroso...

—Mmmm

—Y me enseñaste a confiar en mí misma, y por eso te amo tanto...

—Repite, eso cielo.

—Te amo...—Me mira con esa sonrisa lobuna de dientes perfectos.

Se incorpora en la cama, y me sienta encima de él

—Entonces, demuéstremelo...

Fin